

1. ASÍ FUE COMO DEJÉ DE SER NIÑO

¿Sabe? Yo estaba mejor allá que aquí; fue lo primero que le escuché decir a Manuel¹ la tarde que lo conocí. Su pantalón camuflado, su manera de sentarse desgarbada, su pelo al rape fueron las señales que me llevaron a identificarlo de inmediato como exparamilitar, en medio de una reunión de desmovilizados. Y no ocultó las razones de su malestar: allá tenía una familia, sueldo asegurado... Además, había llegado obligado a la desmovilización. Tenía diecinueve años. Desde ese día me empezó a contar, a retazos, su vida: la rabia por el abandono de su madre, las desgarradoras separaciones de su hermano; la violencia y la crueldad que conoció cuando apenas era un niño...

ENTRE MI ABUELA Y MI TÍA ME RECIBIERON EL DÍA QUE NACÍ. Fue en la casa de mis abuelos, una casa de madera, teja de cinc, piso de tierra y fogón de leña, acurrucada en medio de un montón de montañas. Una finca muy pequeña. Había yuca y plátano para consumo propio, un palo de naranjo que quedaba al lado de la casa y uno que otro árbol de guama.

1. En algunas historias los nombres fueron cambiados por seguridad.

Lo demás era potrero para el ganado y un pedazo pequeño para el cafetal de mi abuelo.

Estuve con mi papá, o mejor, él estuvo con nosotros, hasta que cumplí tres años. Es que mis papás vivían enredados en peleas de palabras. Mi papá consiguió una mujer y se fue. Quedó mi mamá. Como al mes, ella también cogió camino. Estaba en embarazo. Pero consiguió un señor y él la recibió así...

Mi hermano y yo sentimos ese vacío: ¿con quién íbamos a hablar?; ¿a quién le íbamos a contar las cosas? Pero quedó mi abuelo; pasó a ser papá y mamá. Mi abuela era una persona muy regañona y un poco alejada de nosotros. Siempre lo fue. En cambio él estaba pendiente de todo.

Desde bregar a sacarnos al pueblo o traernos, cuando iba solo, así fuera un bom bom bum... Nos regalaba un poco de café para venderlo y poder comprarnos al menos una camisa. Nos llevaba a limpiar cultivos ajenos y nos enseñaba cómo desyerbar, cómo abonar. A mí me enseñó a querer a los animales, uno de ellos, Azabache, su caballo. Como a los seis años me dejó montarlo para ir, a mercar al pueblo...

Mi abuelo nos defendía de las palizas de mi abuela. Ella, muchas veces, intentó pegarnos por no ayudar a traer la leña seca para el fogón, o por irnos a jugar fútbol a la escuela. Llegábamos embarrados. Y, así, sucios, seguíamos jugando en la casa; eso no le gustaba.

Mi mamá solo volvió al año, nos visitó como dos días y se volvió a ir. Nos llevó unos carritos.

En el corregimiento no había Policía, no había nada; solo ellos, las Autodefensas. En la escuela se veía la ayuda que daban: se encargaban del mercado y de todo lo de la cocina. Teníamos desayuno y a veces hasta el almuerzo. Lo complementario, la colada, no faltaba.

A una profesora no le gustaba que ellos llegaran armados. Y nos hacía mala cara cuando le pedíamos permiso para arriarnos a hablarles. Pero nunca se dio un conflicto ahí, en la escuela. Por la finca se veían mínimo dos veces por semana. Se quedaban cambuchando cerca al cafetal de mi abuelo.

Andaban armados, como el Ejército; uno no notaba la diferencia, no sabía si eran buenos, si eran malos, qué hacían, qué no hacían... Yo solo me preguntaba: ¿por qué están ahí agrupados durmiendo en unas hamacas? Y creía: tal vez van de viaje.

Las cosas raras ya las vine a entender después: tenían sus calabozos en el caserío; encerraban ahí a los que habían robado, a los que se habían peleado con otros. Pero mi abuelo no nos dejaba acercarse mucho.

Un día, por casualidad, mi abuelo se enteró de una coincidencia: el comandante de las Autodefensas de la zona cumplía años el mismo día que mi hermano ¡Imagínese! Entonces él le presentó a mi hermano y le pidió colaboración. Le regaló un poco de plata. ¡Como 100.000 pesos! Una alegría muy grande para mi hermano: ¡poderse comprar ropa...!

Y ese cumpleaños fue con gallina. Para matar una en la finca era porque llegaba visita de lejos, por ejemplo mi papá, o uno de mis tíos. Pero era tanta la felicidad que ese día mi abuela dio permiso para matar una... Ni antes ni después vi una celebración como esa.

Así fue mi vida hasta los ocho años. Tenía un solo sueño: crecer rápido para poder ayudar. Siempre me ha gustado la arquitectura. Diseñar o construir puentes para que el campesino pueda vender lo que produce. Porque cuando llovía solo quedaba el camino de herradura para sacar el café y el cacao, en caballos y mulas.

¡Qué iba a imaginar que mi vida iba a cambiar!

Mis abuelos no estaban bien económicamente. Ni mi papá, ni mi mamá colaboraban. Un tío quería hacerse cargo de nosotros pero no podía con los dos. Tocaba uno solo y el otro quedarse con los abuelos para equilibrar la balanza. Pero a mi hermano y a mí no nos prepararon para la separación.

Un día llegó mi papá y a la mañana siguiente me dijo:

—Bueno, ¡alistese porque usted se va!

—¿Para dónde?

—Nos... nos vamos para la ciudad.

Y en menos de dos horas tuve que alistar lo poco que tenía. En una bolsa metí ropa, zapatos y cotizas..., los cuadernos llenos a medias porque era mitad de año y mis piquis. Sí, las bolas de cristal para jugar. Tenía siempre entre cinco y diez. Me las eché al bolsillo; era lo único con lo que uno se podía divertir. Mi favorita era la petrolera: al ponerla al sol se volvía oscura. Es la que vale más que todas. En ese momento no pensé que pocos años después me tendría que separar de ellas.

Fuimos todos al pueblo. Me subí con mi papá al jeep y me hice en la parte de atrás. Y vi cómo mi hermano corría y corría detrás cuando el jeep echó a andar. Escuchaba entrecortados sus gritos:

—¡No se vaya! ¡Quédese! ¡Lo necesito!

Fue muy triste para mí; esa imagen se repitió en mi mente todo el camino. ¡Tener que dejarlo! Él me necesitaba y a la vez yo lo necesitaba... Es una de las escenas más dolorosas de mi vida de niño. Él tenía cinco años; yo ocho.

Como hermano mayor yo lo protegía. Sentía esa responsabilidad. Desde que se fueron mis papás cada sufrimiento de él era mío, cada alegría de él era mía... Recuerdo un día que fuimos solos a ayudar a limpiar potreros ajenos y nos pusimos a jugar con las hojas de una mata de ñame. Uno alza el machete, lo pone como en sentido horizontal y le pega con la

hoja al machete. Entonces la parte que se corta sale volando, como disparada a gran velocidad. No sé cómo mi hermano le mandó la mano al machete y se cortó un dedo.

Uno de los trabajadores buscó unas hojas, las masticó y se las puso en la herida; eso ayudó a trancar la sangre. Pero yo todo el rato pensé: se va a morir, se va a desangrar. Sentí pánico.

Y llegué a la ciudad. Me instalé en la casa de mi tío en una barriada encaramada en una loma donde vivía gente muy pobre. Lo más malo fue la burla en la escuela; la burla que recibe el campesino por el hablado. Los de ciudad hablan diferente. Uno puede pronunciar: *lápiz*, como los de la ciudad, pero en algo cambia el acento. Me sentía raro, como un niño entre adultos, aunque éramos de la misma edad. Me hicieron a un lado.

Otro inconveniente: el nivel educativo que tiene una escuela rural. Yo llegué a terminar tercero y ahí hice hasta cuarto; año y medio. Pero siempre me sentí el más burro, como que sabía menos de matemáticas, de ciencias... de todo. Y me hacían mucha falta mi hermano y el abuelo.

En esa escuela —muy pequeña, muy abandonada—, había mucho estudiante con su vicio; algunos muy conflictivos. No faltaba quien tuviera su pandilla; a la salida los esperaban los del parche. El más grande era el que dominaba.

Y uno de ellos fue el que me habló, un día, de grupos que estaban haciendo limpieza.

—Son buenos —me dijo—. Nos vamos a quitar de encima esos muchachos que llegan a robar a la salida del colegio, los que venden droga.

Poco después me convidó.

—Parce, acompáñeme... Vamos que tenemos que hacer una entrega...

—¿Y eso?

—No... una maleta que se le quedó a un compañero...
¡Vamos!

Cuando llegamos al sitio él se la entregó a un muchacho, este sacó plata del bolsillo y se la pasó... Mi amigo la medio contó, la dividió en dos montones y me pasó uno:

—Tome, por mitad.

Y de una advirtió que todos los días deberíamos llevar de un barrio a otro una maleta, una especie de morral. Nos daban cincuenta, setenta, cien mil pesos y lo de los pasajes. Yo ni las destapaba, pero sí sentía el peso. Tocaba por fuera: un arma... dos armas. Eran para los paras, supe luego. Al principio no sentía miedo. Pero cuando empezaron los consejos amenazantes ("ojo con decir algo; nadie tiene que saber"; "ojo con dejarlas coger"), sentí terror: ¿qué tal se pierda una maleta de esas...?, ¿qué nos pueden hacer?

La plata me cayó superbién. Imagine: yo siempre me paraba a la entrada de la cooperativa y miraba con los ojos bien abiertos cómo comían los compañeros. Yo no podía comprar ni un chicle de 50 pesos... Entonces con 30, 40 mil en el bolsillo tuve para mis onces...

Muy pronto mi tío quedó desempleado. Se puso a vender maní en los buses. Mi prima, que se había convertido en mi mejor amiga, empezó a trabajar en la plaza vendiendo yuca, plátano. Yo iba a ayudarle. Empecé a sentir que era una carga para ellos.

Entonces me enteré de que mi hermano estaba en un pueblo lejano con mi papá. Y como lo que más quería era estar a su lado, pedí irme para allá. Mi papá estaba administrando un club. Soñé que me podía ayudar.

Pero me encontré un panorama diferente. Pensé recibir cariño; recibí golpes: el correazo, la patada, cachetadas tanto a mi hermano como a mí. Cachetada por todo: vea que no se ha barrido; vea que traiga esto. Y como él se dejaba dominar mucho de la mujer que tenía y ella le ponía muchas quejas...

Mi hermano y yo servíamos de meseros. No nos pagaba. Solo, de vez en cuando, un par de zapatos, una camiseta.

Muy recién llegado conocí un primo; tenía como diecisiete años. Aparecía en el club, en moto, con su revólver, su radio de comunicaciones. Yo nunca había tenido tan cerca un aparato de esos. Pensaba: chévere comunicarse así con otra persona. Con el arma se sentía orgulloso. Le hacía aseo cerca de nosotros. En lugar de esconderse nos enseñaba: "Vean, esto es una bala, vean estos son los cuidados que hay que tenerle...".

Lo más llamativo era la cantidad de plata que él cargaba. Y a escondidas nos decía: tome, le regalo esto, y nos daba dinero.

Entonces fue cuando me vine a dar cuenta de la verdad. Ese club de mi papá era el centro de reuniones de los urbanos, los paracos de pueblo. Todos eran jóvenes. Llegaban, como mi primo, en moto, con un arma y un radio. Empecé a parar oreja para escuchar las conversaciones. Ellos compraban una botella de whisky, la pagaban y si quedaban dos, cinco mil pesos me decían: cójalos.

—¡Huy, gracias! —respondía.

Ahí tenía para un par de medias. Nunca, en esos días, vi que alguno de ellos se dirigiera mal a mi papá, a mi hermano, a mí; no. Me sentía grato con ellos. Los veía como personas buenas. Cuando había combates llegaban también comandantes. Hacían una mesa redonda: ponían los radios encima y sacaban unos cuadernos grandes. "Comando, tenemos una baja...", escuchaba que reportaba alguno de ellos.

Los demás hacían cara de desagrado. Comencé a entender sus lógicas: comprendí que la Autodefensa, esos muchachos que yo veía cambuchando al lado del cafetal de mi abuelo, eran paramilitares que trataban de combatir a la guerrilla.

Mi abuelo nunca nos habló de eso. Nunca nos explicó tampoco que la guerrilla era un grupo armado ilegal que trata de tomarse el poder con las armas. Pero ahí, escuchando lo que decían en el radio:

"Comando, recuperamos un fusil"; "Comando, hay un muchacho desaparecido"; "Comando, tenemos un muchacho"; "Comando, matamos un perro" (significaba que habían matado un guerrillero), y viendo esa cara de "*¡huy, qué bueno!*", esa alegría de ellos, empecé a ver cómo era la guerra.

Un día nos fuimos a vivir a la casa del comandante del pueblo mientras arreglaban el club; se estaba cayendo. La fachada era normal, las habitaciones normales, pero tenía un garaje y un patio que servían de calabozos. Ahí también vivía una señora encargada de cocinar a los detenidos. Ella, a cada rato, les llevaba agua o comida.

Mi primo llegó una vez con un muchacho amarrado. Lo metieron al calabozo. Nosotros escuchábamos que lloraba y lloraba. Mi papá no nos dejaba acercarse mucho, pero desde arriba, del segundo piso donde vivíamos, se veía claramente lo que pasaba. Como el bochorno era muy grande, para evitar

que los detenidos se desmayaran, los sacaban un rato al patio y a muchos los bañaban ahí, les echaban agua a totumadas.

Teníamos mucha curiosidad de saber quién era el muchacho que sufría. Un día repreguntamos al primo:

—¿Ese muchacho por qué se queja tanto?

Y él nos contó que era un miliciano.

—¿Un miliciano? ¿Qué es eso?

Y supimos: es un guerrillero que trabaja en un pueblo, de civil, haciendo inteligencia. Explicó más: es una persona mala que secuestra, que mata al soldado, que mata al policía... Con lo que nos dijo ese día sentimos que la guerrilla era algo malo, algo que atentaba contra nosotros mismos. Y la Auto-defensa era un grupo que trataba de ayudar al Ejército y al pueblo. Eso fue lo que empezamos a ver...

Aprovechando un viaje de mi papá, mi primo nos explicó con tranquilidad, y más a fondo, cómo combatían ellos, cómo vivían. ¡Por enfrentar a la guerrilla se ganaban 600.000 pesos! Pero nos aconsejó no ingresar.

—Debe estar uno preparado para dar la vida en un segundo —nos dijo.

Después de esa charla me empecé a preguntar: ¿será bueno irme para allá?.

A la final entré, más que todo por mi papá. Cada día era más difícil tener lo que necesitaba. Me daba miedo pedirle para mis cosas. Y llegó a ser claro: Él quería que yo buscara otros horizontes.

Él mismo habló con uno de los comandantes y pidió, a escondidas mías, mi ingreso.

—Listo —le contestó el man—, yo lo recibo.

Debía entrar de inmediato, a una escuela de entrenamiento. La edad mínima era trece años; yo los acababa de cumplir.

A esa edad, pensaban ellos, uno era útil: podía cargar un fusil, ayudar a llevar la munición, los víveres...

Yo estaba en cuarto en la escuela. Tocó dejar el lápiz y coger el fusil.

Triste la despedida con mi hermano. Otra vez así, como había sido la anterior. ¡Otra vez quedar cada quien por su lado! Pero el campamento estaba a hora y media de camino; un poco cerca. Mi primo podía llevarlo a visitarme.

Le entregué las bolas de cristal. Me dolió dejarlas. Le encargué también la ropa, todo... Me fui solo con lo que tenía puesto.

En mi cabeza daban vueltas dos emociones encontradas: mucha motivación de ganar plata, de poder comprar lo que quería, y un miedo verraco a morir. Me martillaba lo que mi primo decía: "Allá se puede perder la vida en un segundo". Sí, iba el miedo acompañando.

Llegué y lo primero fue botar mi ropa. Me entregaron un bolso con mis cosas: botas, sudadera, camisetas, interiores, medias ¡todo nuevo! Y me anunciaron: "Tranquilo que esas botas se las cambian en menos de un mes...".

Y luego la peluqueada. Me dejaron el pelo bajitico a punta de tijera.

Entramos cuarenta ese día. Todos de lugares diferentes. Había paisas, costeños... La mitad mayores, la otra mitad, de trece, catorce, quince años.

Nos mandaron formar. Nos dieron un machete y nos ordenaron cortar un palo del largor de un fusil, un palo cualquiera, rollizo. Y como todo en esa escuela, fue una tarea en tiempo récord:

—Rápidamente, con esos machetes, van a conseguir unos palos así y *asá*... ¡Castigo para los cinco últimos...!

Tocaba quitarle la cáscara y hacerlo firmar por cada uno de los seis instructores. Debíamos mantener con ese palo a toda hora, cuidarlo como si fuera un fusil, armarle con un lazo o una cabuya, una cicha, para cargarlo al hombro. Nos repetían: "¡Fusil en el pecho!"; no: "¡Palo al pecho!".

Si uno lo perdía, tocaba empezar de nuevo el curso, así llevara un mes de entrenamiento.

Nos levantábamos todos los días a las cuatro de la mañana formábamos y luego simulábamos que llegaba el enemigo y debíamos cubrir la escuela. Apuntábamos con el palo-fusil hacia el monte. Seis de la mañana: tinto con galletas y a trotar una hora por un camino, por carretera, por donde fuera.

Regresábamos y seguía el entrenamiento en gimnasia básica americana. Ya después era el baño. Hasta eso tocaba a la carrera: en dos minutos echarse agua en plena quebrada y corra a vestirse ¡Y a la fila rápido! Una vez quedé entre los últimos cinco. El castigo: doscientos yumbos, lo que se conoce como el bote-canela: dar una vuelta, algo así como el giro que da una llanta.

Por fin llegaba la hora del desayuno. Después seguía el entrenamiento en táctica militar. Cargábamos equipos especiales, llenos de tierra, para simular el peso de los de verdad. Subíamos un cerro no tan alto, ni tan empinado, pero treparlo, corriendo con un palo y un equipo lleno de tierra, agota.

Muchas veces nos tocaba pasar por una quebrada. No se podía parar a sacarse el agua de las botas. Entonces: salte en un pie y briegue a sacar el agua... ¡Se desmayaban bastantes! Casi siempre le ocurría a un compañero que era más o menos igual de gordo a mí.

Aprendimos a avanzar en zigzag, a pasar un cercado, a conocer los símbolos que se hacen con las manos para avisar: "¡el enemigo!", "¡cuidado!", "¡avanzar!", "¡pare!".

Volvíamos a la escuela a orden cerrado: aprender cómo dirigirse a un comandante, a un compañero. Llegaba el medio día y muchas veces no podía almorzar del puro cansancio. En vez de recibir el arroz con el espagueti o el arroz con sardinas, aprovechaba más bien para acostarme en cualquier barranquito y descansar.

Jamás me acostumbré tampoco a almorzar a la carrera. Decían: "dos minutos", y dos minutos tenía para comer lo que pudiera y formar con el plato, la cuchara y el pocillo ya lavado.

Esto último solo después de quince días porque al comienzo solo nos dieron arroz y lenteja servidos en hojas de plátano o cualquier otra hoja. De cuchara usábamos la corteza de un árbol, la cáscara de cualquier palo. El pocillo era una bolsa de arroz. Ahí recibíamos el Chocolisto o el tinto por la mañana y la avena instantánea, que era la sobremesa. Brincamos de alegría cuando nos llegó el plato, la cuchara y el pocillo.

Después de almorzar o de descansar era tiempo de las charlas con el político. Memorizábamos los estatutos, las normas que se deben cumplir, las condenas que tiene cada mal acto: pelear con un compañero, matarlo, intentar algo contra algún comandante, las malas palabras... Todo está especificado en cartillas. Hasta los castigos: tenderse, ir corriendo, darle la vuelta a un palo, quedarse de pie horas, recibir planazos con un palo en el codo y el más cruel: permanecer amarrado de brazos a un árbol...

El fuerte de esta clase era entender el motivo de la Autodefensa. Usaban mucho videos de tomas guerrilleras para convencernos de la urgencia de combatirlos y tomar ejemplos de la misma acción de ellos:

—Ellos matan soldados, matan policías, matan campesinos. ¿Cuál es la gracia de coger un camión de leche, matar al

conductor, regar la leche en una carretera y meterle candela al camión? Miren, muchachos: si nosotros cogemos un carro de leche, la leche es pa'l pueblo. Al conductor le ordenamos: váyase, llévese su camión...

Todo era: "La guerrilla no tiene capacidad cerebral para hacer una guerra... ¡Son unos brutos!".

Y las preguntas finales:

—¿Qué somos?

—Un brazo armado del Estado —respondíamos en coro.

—¿Entonces se van a ir con los brutos o van a estar donde piensan, donde vamos a salir adelante, donde somos los mejores?

Siempre lo mismo: somos los buenos, ellos son los malos. Mire que nosotros hacemos esto por el bien... ¡Ellos no! Nosotros hacemos la inteligencia para matar una persona. Ellos simplemente la matan porque sí.

Y nos hacían ver películas de los nazis. Nos contaban su historia, su ideal, hacia dónde iban, por qué el odio al judío, por qué el racismo. En las Autodefensas no se manejaba el racismo sino el anticomunismo. Nada de izquierda, nada de revolución.

Recuerdo una imagen de esas películas nazis: se ve una señora que tiene en brazos a su hijo. Un soldado apunta y le pega el tiro. Ella muere, pero el niño cae vivo. Y entonces el soldado saca la 22 y le dispara al niño. La vimos muchas veces.

"Contra el enemigo no hay que tener piedad", era la lección que debíamos sacar.

Es decir: si llegábamos a un pueblo no debíamos tener piedad con una persona vestida de civil. Ella igual colaboraba con la guerrilla: ya fuera cocinando, ya vendiéndoles remesa... Así fuera solo el saludo que brindara a un guerrillero, esa persona era un enemigo...

Ahora no pienso así. Creo lo que dicen mis suegros. Ellos tenían en su pueblo una tienda.

—Véndame dos huevos —pedían los armados de todos los grupos que llegaban ahí.

Si se negaban, sabían que se ganaban un enemigo. Al que llegara, del bando que fuera, le vendían lo que pidieran. Así sobrevive el campesino en la guerra. Si no le hace el favor a este, lo mata; si no le hace el favor al otro, también lo mata... Muchas veces llegábamos nosotros con un brazalete de las Farc a una casa o a una tienda y nos hacían un favor. Llegábamos como Autodefensa, igualmente nos hacían el favor. Pero eso es lo que no ve el grupo...

Después de la charla política íbamos a clase de arme y desarme de fusiles. "¿Qué clase de arma es esta?, ¿cuándo la fabricaron?, ¿qué munición utiliza?, ¿cómo se debe desbaratar?". Para este entrenamiento nos daban un arma de verdad.

Y casi a diario hacíamos un ejercicio bajo el fuego. A decir de los duros, servía para aprender a tenerle miedo a la bala enemiga. Con rumos de piedra, armaban trincheras. En un punto, no tan lejano, ponían la M-60. Debíamos correr y cuando gritaban: "¡Tenderse!", se tenía uno que tirar donde fuera porque activaban la M-60.

Cuando se escuchaba la orden ya venía la bala encima. Y briegue uno a llegar a su arrume de piedra, arrastrándose. Solo ahí dejaban de disparar. A otro grito: "¡Avanzar!", otra vez a correr rápido antes de que activaran el arma de nuevo.

Increíble: nunca vi un herido por eso. Eso sí desmayados por el cansancio, la fatiga, muchos.

Después del mes empieza la práctica en el polígono. No era como se cree: disparar a un redondel con un punto blanco en el centro; no. Era: ¡péguele a tal mata de plátano! O: péguele

a tal palo, o briegue a astillar tal cosa. Desde el comienzo me gustó el traqueteo y el olor a pólvora.

A las cinco de la tarde era la cena. Un poco después se cantaba el Himno Nacional, el himno de la Autodefensa y la oración de la Autodefensa. Sí, una oración de la Autodefensa. Me la sé completa:

Oh, sacrificio y causa
aguerrido patrullero
obediencia a los comandos
que la paz ha de llegar.
Adelante combatientes
con moral
preparémonos en secreto,
disciplina y dignidad
que en la lucha por la patria
si la vida hay que entregar.
Con las armas retornamos
los derechos vulnerados
enfrentando al enemigo
por la ausencia del Estado.
Empuñando fusil y equipo
al campesino defenderé
de la agresión subversiva
al país yo libraré.
Oh, Autodefensas gloriosas
que en el pecho llevaré
el Estado de Derecho,
Libertad, familia y fe.

Llega el día de dejar la sudadera y ponerse el camuflado. Nos repartieron chaleco, proveedores y fusil. El propio fusil. En ese momento me sentí un guerrero, poderoso.

Pronto los combates, probar monte. Es duro. Uno ve: uuuh... ese chino, con el que aguanté hambre, corrimos, hicimos de todo en la escuela, a ése lo mataron. Y uno automáticamente piensa: ¡ah! no me voy a dejar matar; disparo y hago lo que sea...

Vi morir compañeros en combate... ¡Niños!, muchachos muy jóvenes. Los mandaban al frente sin graduarse en la escuela, o sea, sin estar bien preparados. El comandante decía: "Sáquenme quince de los más entrenados", y al rato: "Sáquenme otros veinte". Mucho niño llegaba aunque fuera para ayudar a pasar munición.

Trato de no acordarme tanto de eso. Muchas cosas me afectan demasiado todavía.

Casi todos los del curso de patrulleros eran como yo, menores de dieciséis años... Recuerdo un muchacho que estaba herniado y lo iban a sacar. Él alegó que no tenía familia. Si lo echaban, decía, estaría por ahí, vagando en el municipio. Suplicó, se humilló para que lo dejaran. Ofreció hacer cualquier cosa: recoger leña, lo que fuera. Se quedó.

Les llevaba la comida a los que estaban de guardia...

Las mujeres eran ocho. A una de ellas, la Golis, que entró de catorce años, le encantaba el polígono. En el correo tengo una foto de ella. Bajita, morena, dura con el fusil... ¡Sí! nos daba lecciones. Se arrodillaba, le apuntaba al coco y lo bajaba. Increíble: nosotros aprendiendo a disparar y ella toda

una experta. La Golis y su fusil; así la recuerdo. No lo dejaba ni cuando estaba castigada: una M-16, tipo comando, especial para mujeres. Pero quería siempre una AK-47, la de los hombres.

Un comandante la enamoró. Y ella, para no estar en tanto trote, ni en lo más pesado de la escuela, se fue a vivir con él. Voluntariamente. En la organización, si yo consigo una mujer y ella va a ser mi pareja, debo informar a un comandante. Si algún día la ven con otro hombre, tiene su castigo. Igual, cuando uno deja a la pareja, informa, y listo.

Vi pelear mucho a la Golis con su compañero. Él la castigaba: la mandaba a trotar, a hacer gimnasia, a hacer pecho delante de todo mundo. Supe que la mataron en un enfrentamiento con las Farc. Pasó como a los dos años de yo estar en las Autodefensas.

De los compañeros que entramos mataron más o menos como a quince, los demás nos desmovilizamos.

Estar en las Autodefensas es estar en otro mundo; saber que la vida uno la pierde en un segundo. Hasta por una cizaña: el que le tenga rabia a otro se inventa cualquier cosa y lo hace fusilar... pasa.

Muchos quisieron salirse al poco tiempo de ingresar. No se atrevían a decirlo por miedo a que los mataran. Lloraban, les hacía falta algún familiar, extrañaban su vida anterior... De noche yo también lloraba, al escondido. Un niño siempre tiene derecho a decir: ¡mamá! o ¡papá, mire lo que me está pasando!. Allá no teníamos ese recurso.

Cuando corría la voz de que alguien estaba aburrido, de inmediato el político lo mandaba llamar. En media hora de conversación le cambiaba la mente. Lo convencía como fuera.

—¿Por qué está triste? —preguntaba él.

No daba pie para respuestas. Continuaba:

—Vea pelado, esto toca con motivación... usted pronto va a recibir su plata... Aquí se va a ganar los permisos para ver a su familia...

Y quedaban firmes otra vez. Pero por mucho, el interés duraba tres días y otra vez querían devolverse. Algunos cogían esa costumbre: cada rato hablando con el político, pidiendo que intercediera para poderse ir. Y el político cualquier excusa sacaba: que el comandante no estaba en el área, que estaba viajando, que estaba con el Estado Mayor...

La regla, en sí, es no dejar salir a nadie. El miedo era que dieran información al enemigo, o que fueran infiltrados de la guerrilla y salieran a contar todo lo que habían visto.

Uno de los que más soñaba con irse era Pedro. Le tenía terror a la oscuridad, la pasó mal.

Una vez le cayeron mal unas lentes, se enfermó en la noche y por no ir a las letrinas, se hizo al lado del cambuche. Al otro día nos advirtieron: si no aparecía el culpable nos castigaban a todos. Entonces alguien lo delató.

—Fue él —dijo y lo señaló.

Lo llamaron al frente...

—¿Usted por qué hizo eso? Usted sabe que está prohibido...

—Comando —dijo con tembladera—, lo que pasa es que a mí me da miedo la oscuridad.

La carcajada fue de todos. Lo mandaron a dar rollos encima de esa suciedad... Dar los rollos para lado y lado; untarse de eso mismo... Él no pasaba de catorce años...

¡Cómo sufría! Lo entendía porque a mí también me asustaba la oscuridad. No era justo. Es mucha la rudeza de los comandantes. Si alguien se desmayaba en entrenamientos nos prohibían ayudarlo.

Otra cosa que nos golpeaba era pasar hambre.

Una vez nos dejaron días aguantando. Solo teníamos crema dental, salsa de tomate o mayonesa para untar en una hoja —de las que nos decían que podíamos comer. Por fin, como a los tres días, nos mandaron al caserío pues había llegado el camión con el mercado. Cada uno se echó una arroba de arroz y una de pasta y galletas. Por el camino despedazamos todas esas cajas. Cada uno guardó su pucho de reserva. En un potrero encontramos una llanta, de esas que cortan por la mitad para echarle la sal al ganado. La lavamos en la quebrada, la llenamos de agua y en esa llanta preparamos avena instantánea.

Hacernos pasar hambre era, a veces, falta de coordinación. Pero otras veces era táctica para probar qué tanto aguantábamos. Qué éramos capaces de hacer por el desespero. Lo creo así por muchas razones: días que estando cerca a platanales no podíamos ir a cortar un gajo; acostarnos en medio de unos potreros donde se veía buen ganado y con la barriga vacía no poder ir a matar una res. Teníamos que aguantarnos en medio de tanta tentación. Ocurrió mucho. Días que nos daban tinto, nada más. O solamente arroz.

Eran pocos los momentos en que podíamos estar cerca, como en grupo, como descansando: cuando nos mandaban a lavar, a baño, o a la hora del almuerzo. Ratos muy cortos para hablar, para contarnos secretos, dolores. Lo primordial era la falta de la mamá. Ese es el vacío más grande. Todos la extrañábamos.

En segundo lugar, los abuelos y luego las cosas materiales. La cama, fuera como fuera, en la casa dormíamos en un colchón, una colchoneta. Y allá era humillante: sobre un pedazo de plástico o a veces en la hamaca... Porque no todas las veces lo dejaban a uno dormir en hamaca...

Muchas veces desfallecí. Me faltaba un mes para terminar la escuela cuando salí al corregimiento y me encontré con mi

hermano. Menos mal porque se me había acabado esa batería, esa fuerza que llevaba.

Supe que él estaba bien, estudiando con la plata que yo le mandaba. Pero mantenía triste pensando que me iban a matar. Mi papá llegó como a la media hora de estar con mi hermano. Me dijo:

—¿Qué, le quedó grande? ¿Se va a salir de eso?

Entonces, cada vez que me daban ganas de irme a estar al lado de mi hermano, me acordaba de esa imagen desafiante de mi papá. Lo imaginaba burlándose de mí; eso me detenía. Lo tenía claro: salirme era aguantarme las tundas de mi papá.

Así que me tragué todos los momentos difíciles. Como ver a los amigos enfermos. Lo peor era el paludismo y la fiebre amarilla. A mí no me pasó, ni llegué a desmayarme. Pero sí aguanté, muchas veces, ese cansancio que no podía más. Por eso uno baja de peso rápido. En un mes muchos kilos.

Y los accidentes. Un día iba corriendo con el fusil y pisé mal. No me fijé. Sería el cansancio. Me caí en una zanja. Me pegué con la culata en un diente y me lo desportillé. ¡Huy, qué dolor! No sabía qué hacer. El médico general nos atendía en el pueblo. Pero el odontólogo venía por ahí una o dos veces a la semana y a veces ni venía.

Extrañé los remedios de mi abuelo: nos hacía lavar los dientes así fuera solo con sal y nos colocaba leche de papayo para aliviar el dolor; pero hay que saber hacerlo porque puede tumbar el diente. Por eso, con ese dolor, acepté el remedio que me dio un compañero: el betún. Mis dientes y muelas quedaron negros, negros. Y la sensación es fea: como tener plastilina en la boca.

A la larga nos quedamos por la plata, por el sueldo. Muchos teníamos problemas económicos. Del primero al cinco de cada mes pagaban cumplidos. Desde el primer día en la organización cada uno tenía su chapa (sobrenombre) y un código. El día del pago llegaba el comandante y llamaba a cada uno por el alias.

—¿Qué ordena, comando? —respondía uno cuando le llegaba el turno.

—Código...

Entonces cantaba uno el código y le entregaban su sobre. ¡Ver tanta plata junta es una sensación increíble! Las primeras veces no lo creía. Para ese tiempo, 600.000 pesos era mucho, demasiado. El pago duraba más o menos media hora. Al final el comandante preguntaba:

—¿Qué novedades hay...? ¿Quién está aburrido?, ¿Quién se quiere ir...? ¿Quién faltó por plata? —Y sin más se iba.

Si uno quería enviar plata a la casa los escoltas del comandante le hacían el favor. Así le mandaba a mi hermano. Me tocaba organizarlo bien para que mi papá no se diera cuenta. Si lo sabía, se quedaba con todo.

El resto del dinero me lo gastaba con los amigos. Cuando nos daban un tiempo, una mañana, una tarde para ir al corregimiento, armábamos grupos de diez, veinte. Allá tratábamos de llamar a la familia, a amigos. El minuto era muy costoso. Los celulares no cogían señal fácil. Usaban una antena amarrada a un palo de naranjo.

Y llegábamos al restaurante y pedíamos un almuerzo trancado. No importaba cuánto costara. Para eso llevábamos plata en el bolsillo. Muchas veces rendía el dinero, otras no. A lo mucho quedaban cien, doscientos mil pesos.

Servían para mandar lavar el camuflado, para comprar la leche cuando faltaba para el Chocolista. Reuníamos entre todos para comprarla en una casa campesina. Encargábamos la leche, los huevos, la yuca, el plátano. A veces ni con la plata conseguíamos lo que queríamos.

Y gastábamos en trago. Tomábamos mucho; para desahogar penas, para dejar la monotonía de esa vida. Y bueno, para relajarse un rato. Mi primera borrachera fue al poco tiempo de entrar al grupo, a los trece años. Antes nunca. La ley era: salga y gaste su plata en lo que quiera...

Y uno la gastaba como quería y se daba el lujo de regalar, de invitar.

Una vez subió la mujer de un comandante con cinco muchachos para integrarlos al grupo. Yo ya llevaba como seis meses allá; había recibido fusil, todo. Pero llevábamos días sin mercado.

Los recién llegados se acostaron a descansar del viaje; pero tenían hambre. La mujer del comandante se ofreció para bajar al corregimiento y conseguir comida.

Llegaron las ocho de la noche, hora de acostarnos y esos muchachos nuevos pregunte y pregunte por un pedazo de panela, de pan, de cualquier cosa... Lo único que había era agua.

Como a las diez de la noche llegó esa señora ¡con las comidas! Ella misma preparó pasta, arroz, pollo, carne, tajadas maduras... Y cada platado costaba diez mil pesos.

Yo empecé a comer feliz. Esa señora nos fiaba, tenía la seguridad del código, nadie se le podía escapar. Cuando vi a los nuevos, tirados en un plástico, suspirando viéndonos comer. A ellos, claro, sin código aún, no les fiaban.

Uno se me acercó y me pidió que le regalara algo. Eran unos niños. Mandé que les sirvieran su platado de comida, todo por mi cuenta.

Después de varios combates me destinaron a un campamento donde estaban los calabozos del frente. Un día llegó detenido un señor. Había matado a un vecino que le debía una plata. Al poco tiempo aparecieron tres comandantes para hacerle el juicio; ellos deciden sobre los detenidos. A veces los dejan libres, o los obligan a pagar una multa. Le dijeron: "Vea, usted mató, aquí en una zona paramilitar donde hay reglas tanto para el combatiente como para el civil". De una le dieron pena de muerte.

Ese señor se tiró al piso y empezó a convulsionar. Yo estaba presente. Mandaron traer una canecada de agua y con un balde le empezaron a echar por la cara. Y el comandante muerto de la risa porque seguía convulsionando. Entonces lo cogieron y lo amarraron de los brazos a un palo de mango.

—Hágale usted —ordenó el duro a uno de los muchachos.

—No —respondió—, ¿por qué no probamos al sardino?

En ese momento sentí que me daban un golpe traperero por la espalda. Todo mi mundo cambió. Hasta ese día me las daba de Rambo, me las daba ante las mujeres con mi fusil y mi camuflado. Pero llega esa prueba y pasa por la mente como una película llena de preguntas: bueno, ¿usted está hecho para qué?.

Ahí fue donde empezó lo malo.

Oí de nuevo la voz:

—Listo, de una, él. —Y sentí sobre mí todas las miradas.

Yo no respondí nada... Entonces el comando dijo:

—¡Hágale sardino, ¿se le mide?

—No, no —dije acobardado.

Yo quería decirle "No" bien clarito. Pero a la vez pensaba: se van a burlar. Es imposible negarse. Siempre nos repetían: ni

se regale, ni se niegue. Estábamos preparados para responder, "¡Listo, como ordene, comandante!". Seguí paralizado: ¿lo hago?... ¿no lo hago? Dudaba, sabiendo que no me podía negar.

—Háganle, llévenlo.

Era una orden para dos compañeros que estaban ahí. Cada uno agarró al detenido de un brazo. Y usted puede imaginar la reacción de una persona que sabe que lo van a matar... Gritaba, brincaba, lloraba... Y yo detrás de él.

Tocaba llevarlo a un lado del basurero. Ahí estaban las fosas comunes. Con una máquina habían hecho un hueco grandísimo. Lo único era matar, tirar allá el cadáver y tapar con tierra...

Esto no es fácil de contar. Lo marca a uno en la vida, no se puede borrar. El condenado estaba de espaldas... Yo les pedí a los muchachos que no lo dejaran voltear. De verle la cara no hubiera sido capaz. Apunté, disparé y sentí un dolor de estómago. Vomité, ahí mismo, hasta lo que no tenía.

Mis compañeros se reían de mí. Yo trataba de hacerme el fuerte. Nunca había matado así. En el monte es distinto: uno dispara contra una persona dispuesta a bajarlo a uno. Pero ese man estaba ahí, amarrado, mojado, embarrado, desarmado...

Empezaron a taparlo y yo me hice a un lado. Terminaron y me puse a llorar. Se me arrimó una muchacha a darme una razón:

—Que si ya, manda preguntar el comandante.

—Sí, dígame que listo.

Me limpié las lágrimas. Al rato los dos muchachos que lo enterraron pasaron al lado mío.

—¡Ánimo, viejo!

No les di la cara. No quería que vieran mis lágrimas. Al rato volvió la muchacha.

—Que lo necesitan.

Fui.

—¿Usted nunca había hecho esto? —preguntó el comandante.

—La verdad, no, comandante.

—Eso es pan de casi todos los días, mijo, no sufra.

Él hablaba y a mí me bajaban las lágrimas. Empecé a oír risas y comentarios...

—¿Nunca lo había hecho? Lo van a asustar esta noche...

Pero recordé lo aprendido en la escuela: sienta uno lo que sienta debe estar firme ante un comandante, con respeto. No bajé la guardia. Lloraba, pero no podía ni moverme para limpiarme las lágrimas.

—Listo, relájese —ordenó entonces el mando.

Me senté y seguí llorando. Se me acercó un muchacho que había sido guerrillero.

—Con la primera vez pasa... Pero después es como sorber huevos —dijo, y se alejó.

En ese momento se me vinieron muchas cosas a la cabeza: La cara del muerto y las preguntas: ¿la familia qué?, ¿tenía hijos...? ¿tenía mujer...? la mamá... Por más porquería que sea una persona yo sé que la mamá lo va a querer. Y él era joven, más o menos veinticinco, veintiocho años...

Ese día dejé de ser un niño. Tenía quince años. ✕

Como a los dos años de estar en el grupo, ocurrió un enfrentamiento grande con la guerrilla al norte del país, y por orden del Estado Mayor todos los bloques debían mandar gente o plata para reforzar la ofensiva. Nos enviaron a la zona.

Una tarde esperábamos unas lanchas cerca de un lugar donde amontonaban racimos de plátano. De repente vi, de

espaldas, a mi mamá. La distinguí: bajita pero acuerpada, fuerte, capaz de echarse un bulto al hombro. Sí, era ella. Había pasado años sin verla. Nunca imaginé que estaba en las Autodefensas. Rumores sí había; yo no creía. No la imaginaba en esas.

—Mamá —dije bajito, como para adentro...

Ella se volteó y creo que a los dos se nos pintó el asombro en los ojos. La detallé: con camuflado, chaleco, arnés, una pistola y un equipo de enfermería; era la enfermera de otro frente.

A ella le resultó increíble ver a su niño, al que había dejado en la finca del abuelo, mal vestido, hasta sucio, convertido en un hombre con camuflado y fusil. Era mucho lo que yo había cambiado.

Para los dos fueron días de felicidad y de tristeza. Tanto tiempo sin vernos. Pero encontrarnos así armados, en plena guerra, cada quien en su bloque, tenaz...

¿Qué le voy a decir? ¿Qué me va a decir? ¿Qué vamos a hacer...? ¿Me va a regañar? ¿Me va a consentir?

Duramos como cuatro días juntos, con permiso de los comandantes.

Hablamos día y noche. Respondí mil preguntas: ¿dónde está su hermano?, ¿qué les pasó? ¿por qué no había seguido estudiando?. Ahí vine a contarle cómo era el trato de mi papá, cómo era la humillación: tenía uno que pagarle todo. Él no nos daba nada. Mi mamá lloró mucho escuchándome.

Y me contó muchas cosas. También estaba aburrida...

Yo insistí en preguntarle por qué se había ido, por qué nos había dejado. Le hice caer en cuenta de todos los momentos que se había perdido con nosotros. Me pidió perdón. Pero un perdón de esos no remediaba nada. Rencor no sentía, no era tampoco cuestión de reprocharle.

Sé que ella sintió alivio de haberme encontrado, de saber que estaba bien... Cómo me hablaba, cómo me tocaba... Se portó como una mamá:

—Mijo... ¿qué quiere comer?, ¿qué le traigo?

Y compartía conmigo el sobradito del plato de comida. Mi mamá nunca había hecho eso conmigo.

Mandaron la retirada y ya cada quien con su bloque. Nos despedimos los dos con el mismo pensamiento: ¿cuál será la vida de mi mamá allá? Y ella: ¿mijo, usted qué...?, ¿hasta cuándo va a estar allá?

Me contó después que la desmovilización fue un alivio para ella, saber que había salido con vida, que iba a estar mejor en la ciudad...

Hace poco pudo ver a mi hermano. Lo llamó y se encontraron. Debía tener muchos sentimientos de culpa. Y todavía los tiene. Nos dejó, nunca se preocupó por mandarnos ni un par de medias...

No me agrada que mi mamá no haya podido aceptar su error. Que nos hubiera dejado, no me gusta. Es algo que yo cargo aquí... No sé si él día que se lo confiese pueda librarme.

Ya se escuchaban cuentos de desmovilización cuando un día nos mandaron formar al lado del río. Vimos al Ejército y nos dimos cuenta de la realidad: nos iban a desmovilizar sin previo aviso. Nos quitaron toda la fusilería. Nos pasaron fusiles viejos, con culatas hechas en varilla, fusiles sin culata, munición que no servía para nada, mojada, sucia, viejísima...

Nos mandaron limpiarla, lo mejor posible, con harina. A unos compañeros les dieron unos revólveres, unas pistolas, unas metras. Y eso en el monte no sirve para nada. Yo sé

manejar un fusil, cualquiera que me pasen yo lo desbarato, lo armo. Pero de pistolas y revólveres no sé nada.

Como a los tres días nos llevaron a un sitio donde nos esperaban un poco de funcionarios venidos de la ciudad.

A los menores de edad los iban sacando aparte. Les quitaban fusilería, uniformes, todo... Les daban dos millones de pesos y les ordenaban: "¡Váyase!". Sí, como para evitar problemas. En ese momento yo casi ajustaba los diecinueve años.

Fue duro. Por un lado, el amor a las armas, al camuflado, a sentirse Rambo. Tener el poder de ordenar a cualquier campesino: haga esto, haga aquello, venga acá, tráigame tal cosa... Perder ese poder no era sencillo. Pero por otra parte nos prometían beneficios: estar en libertad, poder dormir en una cama, poder ir al baño sin estar pidiendo permiso:

—Comando, permiso para ir...

—No, no puede ir... Aguántese...

Lo más difícil fue quemar los camuflados y ver a los compañeros subirse a los buses que mandaron para devolverlos a sus pueblos. Se iban lejos. Compañeros con los que viví momentos tristes, aguantando hambre, y ratos de recocha..., duro separarnos así.

Cuando todos se fueron, me fui a buscar a mi hermano.

En ese tiempo llegué a decir: estaba mejor allá que aquí. La gente se escandalizaba, pero era lo que yo sentía; estaba desubicado. Pero ahora, muchas veces, me acuesto en mi cama y siento como ese alivio al recordar esos días en que terminaba agotado sabiendo que el otro día sería igual, el mismo trajín.

A medida que pasa el tiempo uno se da cuenta de las ventajas de esta vida. Si quiero salir a la calle ¡listo! ¡me voy! También tiene sus contras: tengo que llevar la plata del bus ida y vuelta. Si me da sed: plata para la gaseosa. Cosas que

uno tenía prácticamente gratis: un transporte, la comida, una hamaca...

Nada es fácil. Se acumulan los recibos: el arriendo, los servicios que llegan cada nada. Pero me pongo a pensar cuando consiento a mi niño: si no me hubiera salido de allá no tendría esa felicidad de poder abrazarlo. Muchos me dicen: "Usted lo está malcriando".

Lo único que quiero es que no le pase lo que a mí. Rezo: Dios, nunca me vaya a alejar de mi niño. Ahora estoy mil veces mejor aquí que allá. La felicidad mía no se compara con nada...

Muchos compañeros me han invitado:

—Oiga, para los Llanos están pagando un millón doscientos; los Rastrojos a un millón cien. Véngase para acá...

—Mi mejor amigo está con los Urabeños.

Digo siempre: ¡No! Amo las películas de guerra, me gusta ese ambiente. Pero es muy diferente estar allá. Amo las armas. Me encantan. Pero volverlas a tener en la mano, no. Y confieso que me han dado ganas. Me han dado ganas de tener una pistola bacana... Pero mejor ¡no!, ¡no!

Hoy tengo una tranquilidad con mi esposa, con mi hijo. Me veo mucho con mi hermano. Me siento muy bien de saber que él está feliz. Es un logro para mí, para él...

Mi esposa es desplazada por las Autodefensas. Culparon a su familia de ayudar a la guerrilla cuando hubo un combate cerca a la casa de ellos. La Autodefensa les mandó una carta: tenían que salir rapidito, dejar todo tirado. Nos conocimos por amigos.

Cuando pedí a sus padres el permiso para tener algo con su hija, me dio miedo. No sabía cómo iban a reaccionar. No quería contar mi pasado, decirles: bueno, pues yo soy de un programa de desmovilizados... Ellos no imaginaban que venía de allá. Pensaban que cuidaba una finca de ganado.

Mis suegros le tienen un cierto rencor a la Autodefensa. Lo hemos hablado: estuve ahí, pero no tuve la culpa...

Quiero que mi hijo se forme como una buena persona, que estudie. Me haría muy feliz verlo convertido en ingeniero. Me he propuesto ahorrar para ese sueño. Pero que sea lo que quiera: médico, carpintero... Y darle lo que no me dieron a mí: estudio, ropa, juguetes...

A mí nunca me regalaron un balón... Mi felicidad estuvo con mi hermano, con mi abuelo.

Hay dos cosas que borraría de mi vida. Uno: que mi mamá nos dejara. Si no está el papá, está la mamá. Pero a mí me pasó que no estaba ninguno de los dos. Otro: dejar a mi hermano. Muchas veces escucho a mi niño llorar, lo miro y se me viene ese recuerdo: yo en el jeep, en la parte de atrás, y él corriendo y llorando pidiendo que no me fuera.

Uno de mis anhelos desde pequeño siempre fue tener un balón. Porque el de nosotros, en la escuela, era una bolsa grande llena de papeles, de hojas... Así era. Hace poco vi la oportunidad de regalarle a mi hijo algo. Y sentí ganas de darle una pelota.

La compre: pequeña, verdecita. La quise para que mi hijo tuviera ese juguete que yo no tuve.